

Como suele ser habitual en esta clase de trabajos, no es fácil dar una valoración unánime de las páginas que componen este volumen. Sin embargo, bien pudiera decirse que la estructura del libro, siguiendo los criterios cronológicos, está muy bien concebida. Es verdad que se notan las ausencias de aspectos teológico-morales de la patristica, tanto oriental como occidental, pero los trabajos aquí presentados suplen con creces esas lagunas. El lector que pretenda tener una idea sucinta y clara de las líneas fundamentales acerca de la reconciliación y la penitencia de la época patristica no se sentirá defraudado con el presente volumen.

Marcelo MERINO

Pedro LANGA, *San Agustín y el progreso de la teología matrimonial*, Toledo, Estudio Teológico de San Ildefonso, 1984, 301 pp., 16 x 23,50.

El profesor Langa, del Pontificio Instituto «Augustinianum» de Roma, lleva una serie de años centrando su actividad investigadora en torno a la concepción agustiniana del matrimonio. Fruto de esa tarea han sido los extensos artículos publicados en *Religión y cultura* (entre 1974 y 1980), *Revista Agustiniana* (1980) y *Estudio Agustiniano* (1983), así como la presente obra que ahora nos ofrece.

Según el prologuista del libro, Mons. González Martín, se trata de una obra «a inscribir en la lista de publicaciones serias que de un tiempo a esta parte se vienen esforzando por iluminar aspectos malinterpretados o no suficientemente esclarecidos» (p. 9). Estas palabras —a nuestro entender— responden certeramente a los propósitos del A. puesto que si en una aproximación inicial podría pensarse que estamos ante un nuevo libro que enfoca el tema matrimonial en Agustín desde una perspectiva moral, como reiteradamente se ha presentado en la bibliografía agustiniana *ad nauseam*, en cuanto se comienza a leer es preciso rechazar semejante apreciación, pues el presente trabajo hay que situarlo, más bien, en una línea de teología dogmática y realizado con una metodología netamente patristica, que nos decanta con luminosidad crítica la concepción de Agustín sobre el matrimonio, como resultado de un proceso de maduración espiritual y teológica.

Además del prólogo del Sr. Cardenal de Toledo, la obra consta de una introducción, diez capítulos y un epílogo, amén de unos apartados finales dedicados a un elenco de siglas, bibliografía, e índices de referencias bíblicas y de autores.

En los capítulos primero y segundo el A. hace un análisis bien documentado históricamente de Gen 1, 28: *Crescite et multiplicamini*. El primero lo dedica a estudiar las sentencias patristicas anteriores a S. Agustín, mientras que el segundo se centra en la exégesis agustiniana a dicho pasaje. Inicia su exposición a partir de un texto del *De*

bono coniugali, 2, 2: «De donde hubiera podido provenir la prole de los primeros hombres, que Dios bendijo diciéndoles: *Creced y multiplicaos y henchid los confines de la tierra*, si nuestros primeros padres no hubiesen pecado. Sobre esta cuestión se han pronunciado múltiples y contrapuestas sentencias». El P. Langa pasa revista a esas «múltiples y contrapuestas sentencias», comenzando por Filón, que rezuma en este punto influjos helenísticos de cuño platónico, distinguiendo en la doble creación del hombre a la de un cuerpo celeste y la de un cuerpo terrestre. Filón —como sostuvo Daniélou— influyó considerablemente en Orígenes, quien hace suya la tesis de la doble creación: dos hombres «superpuestos», el primero hecho a imagen de Dios y el segundo modelado del limo. Y entre ambas creaciones se interpone el pecado. Interpretará de modo alegórico el *masculus et femina*, como el hombre interior que *ex spiritu et anima constat*. Para Orígenes el *crescite et multiplicamini* descansa sobre una interpretación espiritualizante-mística, como consecuencia, en parte de una exégesis alegórica, y también de prejuicios platónicos y de encratismo moderado. En esta misma línea alegórica y espiritualizante sitúa el A. a S. Atanasio, S. Basilio, S. Gregorio Nacianceno, S. Gregorio de Nisa y S. Juan Crisóstomo. San Ambrosio tiene una postura similar, aunque con matices propios. Lo mismo cabe apuntar de S. Jerónimo.

En el capítulo segundo se ocupa nuestro A. de situar cronológicamente la exégesis agustiniana de dicho paso genesiaco. Señala para ello la evolución del pensamiento de Agustín, desde el año 389 en el que escribe *De Genesi contra Manichaeos* hasta el 426-427, cuando redacta las *Retractationes*. Los años que van del 389 al 401 constituyen la que podría denominarse primera fase agustiniana en torno al análisis de Gen 1, 28, que viene caracterizada por una interpretación alegórica-espiritualizante, siendo en este punto tributario de la patristica precedente. Al llegar al 401 publica el tratado *De bono coniugali*, en el que reconoce la existencia de diversas sentencias sobre la hermenéutica del *multiplicamini*, a la vez que renuncia a emitir un juicio definitivo sobre el particular. En ese mismo año el Santo obispo de Hipona escribirá el *De Genesi ad Litteram*, en cuyo libro IX ofrecerá un fruto maduro de su pensamiento, al señalar que la generación es un bien, y en consecuencia, se enfrentará a las sentencias espiritualizantes anteriores, admitiendo *probabiliter* la existencia de nupcias en el Paraíso para conseguir la procreación del género humano. Hay, pues, un cambio de posición en Agustín a partir del 401, tanto por lo que se refiere a las posiciones de los Padres anteriores, como por lo que respecta a su propio modo de pensar precedente. Esta maduración de su pensamiento alcanzará una mayor riqueza y fuerza expresiva en otras obras, como *De Civitate Dei*, *De nuptiis et concupiscentia*, *Contra Faustum*, y *Retractationes*.

Los capítulos tercero y cuarto se destinan al estudio de la dignidad femenina. En concreto empieza contemplado la condición sexual de la mujer y para ello toma como punto de partida la antigüedad clásica. El A. pone de manifiesto la misoginia y el antifeminismo que se advierte ya en los escritos homéricos y en los escritores helénicos.

Otro tanto, aunque algo atenuado, se observa en la vida romana. Paralelamente la historia judaica registra un desarrollo similar en este punto a la pagana. Sólo en los Evangelios encontramos un verdadero cambio con respecto a la situación anterior. Cristo manifiesta en su conducta y enseñanza un reconocimiento expreso de la dignidad personal de la mujer, equiparándola en este sentido al varón. La misma doctrina encontramos en San Pablo. Posteriormente, en los tres primeros siglos de la Iglesia, se observan dos corrientes, que muy someramente el A. denomina, feminista y misógina. En esta segunda tendencia se alinean Tertuliano, Orígenes y Teodoreto de Ciro, que propugnan un cierto asexualismo escatológico. San Jerónimo tendrá una postura más distante y más realista, sobre todo después de la disputa que mantuvo con Rufino de Aquileya. San Agustín representa ya una postura claramente positiva en favor de la mujer. Esta, como el hombre, ha sido creada por Dios a su imagen y semejanza, y en este hecho radica la fuente de su dignidad y de su grandeza. Ahora bien, esta igualdad de derechos y obligaciones entre el hombre y la mujer no será un obstáculo para que subraye también las diferencias biológicas y psicológicas que se dan entre ambos. El capítulo que sigue lo consagra a la situación social de la mujer casada, siguiendo el mismo itinerario metodológico del capítulo anterior con alguna ligera variante de orden expositivo: Judaísmo, Grecia, Roma, cristianismo primitivo y Agustín. Tanto en el judaísmo, como en el paganismo precristiano, resalta la absoluta servidumbre de la mujer casada al marido. Luego, en los SS. Padres anteriores a San Agustín —aunque se aborden temas de ética matrimonial— no se encuentra casi nada de fundamentos teológicos sobre este asunto; ello no es óbice para que encontremos en la praxis pastoral referencias superadoras de abusos paganizantes anteriores y que suponen una mejora indudable. Pero será sobre todo Agustín quien se enfrente directamente con una serie de abusos que afectaban a las mujeres casadas de su tiempo, denunciando el adulterio y el mal ocasionado por el divorcio, así como la poligamia y otros excesos que eran juzgados con benevolencia, si se trataba de varones, pero no sucedía lo mismo cuando se trataba de mujeres. Según los textos agustinianos aportados por el A., el Obispo de Hipona se nos presenta como un admirable teólogo que defiende paladinamente la dignidad de la mujer casada.

Los capítulos quinto y sexto presentan como título común el de «equilibrio entre matrimonio y virginidad». El primero de ellos se caracteriza por la presentación de dos posturas contrapuestas: Por un lado, los detractores de la virginidad y, por otro, los detractores del matrimonio. Entre los que atacan la virginidad figuraban los jovinianistas, que eran contemporáneos de San Agustín, pero cuyas tesis enlazaban con las del mundo pagano anterior, que no era precisamente proclive a favorecer la virginidad. Tampoco el A. Testamento se muestra muy favorable a la virginidad. Sólo en el N. Testamento alcanzará su verdadera dimensión, tanto como efecto de la predicación del Señor, como de la entusiasta propaganda de San Pablo. Por otra parte, los detractores del matrimonio encontraron puntos de apoyo en el

estoicismo y en el gnosticismo con sus derivaciones encratitas. El A. hace referencia a la polémica entre Jerónimo y Rufino de Aquileya, en la que, a veces, el monje betlemita incurre en excesos verbales contra el matrimonio. El capítulo sexto se dedica a poner de relieve el perfecto equilibrio de la solución agustiniana entre el bien que se da en el matrimonio y el bien que existe en la virginidad. La tesis agustiniana de considerar a las nupcias como un bien, la desarrollará el Santo en su obra *De bono coniugale*, como una réplica frontal cara a los dualismos gnóstico-maniqueos. Pero el hecho de que San Agustín considere al matrimonio como un bien en sí mismo, no significa que lo entienda como un bien necesario. De ahí que contemple también a la virginidad como un bien, pero de índole superior a la del matrimonio. La excelencia de la virginidad constituirá el objetivo principal del *De sancta virginitate*. Y aunque parezca ocioso decirlo, convendrá aclarar que Agustín habla de la superioridad y excelencia de la virginidad cristiana desde el punto de vista de la trascendencia, al trasluz de la escatología, emergiendo como un estado anticipado de la futura vida bienaventurada, y facilitando el acercamiento a Dios.

Dedica el A. el capítulo séptimo a estudiar la célebre fórmula agustiniana de los bienes del matrimonio: *proles, fides, sacramentum*, que significó un paso adelante muy positivo en el desarrollo de la teología matrimonial. Esta síntesis resume de forma compendiada los puntos en los que cabría plasmar la bondad del matrimonio. Señala el A. que a estos tres bienes se oponen tres males: A la *proles*, la antígenación o antiprocreación; a la *fides*, la fornicación y el adulterio; y al *sacramentum*, el divorcio.

Los últimos capítulos (VIII, IX y X) se presentan bajo el epígrafe general: «Entre maniqueos y pelagianos». Se enfrenta el P. Langa en estos capítulos con la posición dialéctica de Agustín al tener que polemizar con estos adversarios. Comienza el análisis de la posición agustiniana examinando la crítica, tanto favorable, como adversa, que ha sufrido el Obispo de Hipona en los años que van desde los comienzos de este siglo hasta nuestros días. Pasa después a contraponer las tesis maniqueas sobre el matrimonio, que destacan la maldad que lleva insita la generación y el matrimonio, con la tesis agustiniana que es claramente positiva: bondad del matrimonio, instituido por Dios como un bien. Agustín afirmará también contra los maniqueos que la concupiscencia no era una cuestión ontológica, sino moral, y que derivaba del pecado. Este tema de la concupiscencia ocupará también un lugar importante en el último capítulo, que se consagra al antipelagianismo de Agustín. Los pelagianos por su errónea concepción del pecado original y de la gracia entendían la concupiscencia como un bien. En resumen, se puede decir que las circunstancias polémicas obligaron a Agustín a emplear distinta estrategia, según se tratara de maniqueos o de pelagianos, pero con un sano equilibrio que lo sitúa en un plano superior, no ya sólo de planteamientos heréticos, sino también de las posturas de la patrística precedente.

Al terminar la lectura de este libro uno se encuentra con la gratificante sensación de haber ocupado el tiempo con sentido de plenitud,

no ya sólo por su estilo literario, que nos muestra un castellano de gran calidad, sino sobre todo, por la luminosa captación del pensamiento teológico agustiniano. Nos ha parecido un acierto la aproximación al tema utilizando el método patrístico, porque pensamos con el A., que sólo desde este angular cabe acercarse al Santo Obispo de Hipona con garantías científicas serias, para poder valorar con precisión sus aportaciones a la teología matrimonial.

En algún punto, sin embargo, no compartimos plenamente el modo de expresión utilizado por el A. Así por ejemplo, en p. 81 línea 6, cuando considera el «trabajo» como un efecto de la caída original. En nuestra opinión el mandato de Gen 2, 15, el «ut operaretur» de la Vulgata, hay que entenderlo como anterior a la narración del pecado original. Pensamos que resultaría más apropiado hablar —con lenguaje actual— de «esfuerzo» o «cansancio», que acompañan a la realización del trabajo en la actual situación postlapsaria.

En cuanto al apartado *Detractores de la virginidad* del capítulo V encontramos menos afortunada esa titulación, pues en varios subapartados se mencionan aspectos muy positivos de la virginidad. Tal vez con un enunciado más genérico se podría obviar este pequeño inconveniente.

Desde el punto de vista tipográfico anotamos algunas deficiencias, más imputables al impresor que al autor. Este es el caso de los espacios interlineados que presentan una estructura no siempre rectilínea, así como la reiteración de ciertas erratas, como ocurre en las pp. 95, nota 39 y 148, nota 3 en las que se lee CRYSON, en lugar de GRYSON, y otras cosas de menor relieve.

Digamos también que la bibliografía está muy bien seleccionada y es muy completa.

En resumidas cuentas, se puede decir que nos hallamos ante un libro importante, que será de obligada consulta para todo aquel que desee conocer la aportación agustiniana a la doctrina matrimonial.

Domingo RAMOS-LISSÓN

Amador del FUEYO, Lope CILLERUELO, Moisés M^a CAMPELO, Carlos MORÁN y Pío de LUIS, *San Agustín. Sermones*, Madrid, La Editorial Católica («Obras completas de San Agustín», volúmenes VII, X, XXIII, XXIV, XXV), 1983 y 1984, 850 páginas cada volumen, 13 x 20.

La reciente edición, bilingüe, de 272 Sermones de S. Agustín comprende cuatro volúmenes de sus obras completa, editadas por la BAC. El volumen VII abarca 50 Sermones, referentes al Antiguo Testamento. El volumen X recoge los Sermones 51-116 sobre los Evangelios sinópticos. El volumen XXIII contiene los Sermones 117-183 acerca del Evangelio de S. Juan, Hechos de los Apóstoles y Cartas. El volumen XXIV abarca los Sermones 184-272 B sobre los tiempos